

punto de vista del narrador respecto al tipo, del cual sólo se conocen los «bonitos caracteres que decían: *El Marqués viudo de Saldeoro*» (I, 5: 1016) y los sueños de Isidora. Con ellas, pues, se rompe el «sortilegio» del folletín isidorino y se prepara al lector para ver el galán presentado en el capítulo I, 12.

Al ser presentado Pez por el narrador, se establece el contraste existente entre la imaginación de la protagonista y la realidad narrativa del tipo⁸. Este fue primero caracterizado por Isidora: «¡Qué hermosa figura, qué modales, qué manera de vestirse tan suya!» (I, 11: 1052). En el capítulo I, 12 el narrador se detiene a describirle con los mismos términos que usara la protagonista: belleza, franqueza, simpatía, distinción, elegancia. Sin embargo, a causa de la ironía, el modo del discurso reviste una tonalidad diferente. El narrador resume finalmente las características de Pez destacando el «tipo de galán del siglo XIX, que es un siglo muy particular en este ramo de los galanes» (I, 12, 3: 1057). Se acepta, pues, el papel de galán que Isidora asignara a Joaquín desde el primer momento, destacándose al gallardo marqués, pero la delimitación secular del mismo añade una coletilla irónica que no puede menos que contrastar con los sueños novelescos de la protagonista. Esta prefigura el desenlace de su folletín: «el Marquesillo me gusta tanto... Es lo que ambiciono para marido; y él me jura que lo será» (I, 11: 1052). La delimitación secular efectuada por el narrador y la caracterización del marqués como uno más de los Peces, contrasta con el desenlace folletinesco que Isidora tiene previsto.

La entrada definitiva de Joaquín Pez en la novela está precedida por la presentación de su familia. Comúnmente se ha objetado el carácter digresivo del «Sermón»⁹. Sin embargo, es preciso señalar que en él se nos presentan la genealogía y la descripción necesarias del personaje: necesarias puesto que le sirven de marco; necesarias, también, en cuanto son fundamentales para comprender el contraste irónico que efectúa el narrador. La genealogía y las descripciones de que consta el capítulo precisan la formación y el carácter del personaje. En suma, Joaquín es configurado como producto característico de la educación recibida. Así, situada su familia en el espacio novelesco, visto que sus miembros no tienen grandes diferencias morales, Joaquín sale al hilo activo de la narración siendo uno más de la familia Pez. Ninguna de las acciones que emprenda a lo largo de la novela desdice de la caracterización ahí recibida y el lector no se sorprenderá de la peculiaridad de este

⁸ RICARDO GULLÓN: «Desdoblamiento», cit., señala el contraste como elemento dinámico y organizativo de la novela: «Desde la perspectiva del narrador, a la realidad se opone el folletín del personaje, y por tal contraste hay novela» (pág. 9); y después: «La ficción, cosa libresca, destaca por contraste la verdad de lo contado por el narrador» (pág. 10). La técnica del contraste, esencial en la conformación de Joaquín, aparece ya en el primer capítulo de la novela, referida al mundo de los Rufetes, al cotejarse el párrafo inicial de Tomás Rufete con la realidad del manicomio. Otro tanto puede decirse de la escena entre Isidora y Canencia. Esta técnica de contraste aparece y se desarrolla en otras novelas de Galdós. Germán Gullón la ha estudiado en *Tormento* en su libro *El narrador en la novela española del siglo XIX*, Taurus, Madrid, 1977, págs. 107-115.

⁹ C. ROVETTA, art. cit., pág. 282; MONROE Z. HAFTER: «Galdós' Presentation of Isidora in *La desheredada*», MPH, LX, 1962-3, pág. 26; JOSÉ F. MONTESINOS: *Galdós*, Castalia, Madrid, 1969, vol. II, página 19.

típico galán decimonónico, cuya «languidez moral» ha sido tan explícitamente enunciada en el capítulo en que es introducido en el texto (I, 12, 3: 1057).

Además, la presentación de Joaquín establece el punto de vista del narrador respecto a las anteriores menciones que del personaje se han hecho en la novela mental de Isidora. Después de los sueños folletinescos de los capítulos I, 5; I, 7 y I, 11, el narrador establece claramente cuáles son las pretensiones y los propósitos del marqués viudo¹⁰. De esta forma, la «cosa extraña y digna de gratitud» que excitara la imaginación de Isidora, es explicada por el narrador quien, con el mismo método anteriormente señalado, establece el contraste irónico entre la imaginación de la Rufete y la realidad del texto narrativo, contraste que se hace explícito en la total conformación del personaje. Con ésta, Joaquín sale a escena en el capítulo I, 13, donde su actuación responde a las cualidades con que fuera presentado y donde el enfrentamiento entre la novela de Isidora y la realidad del galán se hace patente.

La forma que Joaquín Pez toma a lo largo de la primera parte de la novela está determinada por la perspectiva naturalista y antirromántica que el autor ha proyectado sobre la obra; lo que podría considerarse la nueva tesis. La estructura dinámica de la novela, organizada por el irónico contraste entre los sueños isidorinos y el texto del narrador en la caracterización del galán, revela la realidad del personaje: las características que Pez ha sido presentado en el «Sermón» y la ratificación de éstas en su actuación, le privan de las cualidades morales y sociales necesarias al galán idóneo de la futura marquesa de Aransis. Al contrario de las imaginaciones de la protagonista, Joaquín tiene una conformación que la define por contraste con los heroicos y fabulosos galanes de los folletines. Este contraste está determinado lógicamente por la genealogía y por la educación recibida por el marqués, ya que ambas sirven para que el narrador, desde una perspectiva naturalista, establezca el tipo de galán decimonónico en pugna con el tipo tradicional literario a que responde el imaginado por Isidora¹¹.

Algo más, sin embargo, destaca textualmente respecto a este galán: su constante desaparición de la estructura novelesca. Esta desaparición es especialmente notable en la segunda parte, puesto que en la primera la relación de Isidora con Joaquín es básicamente mental. Sin embargo, practicado el *suicidio*, Pez forma parte del interés central de la obra. A pesar de ello, desaparece constantemente del hilo activo y sus reapariciones tienden a la escena. Estas reapariciones están determinadas por su precaria situación económica y, a la inversa, las desapariciones coinciden con la

¹⁰ Cuando le conocimos, Joaquín estaba en el apogeo de sus triunfos y en todos los terrenos sociales se presentaba con su carcaj y flechas; es decir, que no despreciaba ninguna pieza de caza, ya estuviera en palacios, ya en cabañas o andurriales (I, 12, 3: 1.057).

¹¹ Recuérdese lo que viene indicándose desde Clarín: el rompimiento que esta novela tiene con el idealismo y con el heroísmo fabuloso anterior. Especialmente rompe con la novela folletinesca de los periódicos; véase, ALICIA G. ANDREU: «La cruz del olivar por Faustina Sáez de Melgar. Un modelo literario en la vida de Isidora Rufete», *AG*, Anejo, 1980. En suma, el galán que es Pez choca con los galanes recreados por Ayguals de Izco, Pérez Escrich, Fernández y González e, incluso, el mismo Alarcón. Además se dan casos como el de Jacinto Octavio Picón, de propósitos naturalistas en su *Juan vulgar* (1885), pero que no escapa al idealismo folletinesco en su *Juanita Tenorio* (1911), novela en la que la influencia de *La desheredada* es evidente.

solución a la misma. La necesidad de que Isidora contribuya tanto a la solución de los problemas monetarios de Joaquín, como a los suyos propios es causa del desplazamiento que éste sufre. Así, es consecutivamente suplantado por Botín, Melchor, Juan Bou y Gaitica, suplantación que no está determinada por cambios sentimentales en la protagonista. Esta seguirá denominándole *mi hombre* hasta casi el fin de la obra, denominación que adquiere gran interés puesto que, dada la variación que se establece en la segunda parte (i. e., es Isidora la que le mantiene), el tipo de galán decimonónico que fuera presentado en la primera adquiere cualidades diferenciales: progresivamente, el galán folletinesco inicial se convierte en rufián, lo que queda patentizado en la acción narrativa ¹² y en la estructura simbólica que lleva a Isidora de Botín a Gaitica ¹³.

La desaparición del personaje en la segunda parte es paralela a una nueva actitud del narrador que amplía los puntos de vista: el narrador se retira progresivamente de la acción y cede paso a los personajes. A través de éstos vemos mayoritariamente al gallardo marqués, quedando el narrador en un discreto segundo plano, como copista y estructurador de los hechos, o como transcriptor de la escena.

Al inicio de la segunda parte, echa mano de Miquis como informador. Este señala que las deudas de Pez «se remontan como el águila... sus gastos no disminuyen» (II, 1: 1083). Recibidos los informes de los personajes, el narrador los ordena en secuencia histórica: 1873. *Abril*: «Primera cuestión entre Isidora y Joaquín por la manera de invertir el dinero heredado del Canónigo» (II, 1: 1085); 1874. *Marzo*: «Tristeza del marqués... Los últimos vencimientos le abruma» (II, 1: 1086); 1875: «Saldeoro parece reparar sus desastres» (II, 1: 1087). Además, indiscretamente se introduce en la conciencia del personaje: «¿has creído alguna vez... que Joaquín se casará contigo? Advierte que siempre te dice eso cuando está mal de fondos y quiere que le ayudes a salir de sus apuros» (II, 2, 1: 1088-9). O, como ocurre con *la Sanguijuelera*, se da el punto de vista del personaje: «De todo tiene la culpa ese hombre... Es un lameplatos» (II, 2: 1090). En la primera parte, el narrador había indicado que las mujeres absorbían por completo a Joaquín; en la segunda, los personajes ratifican esta afirmación del narrador. Así, el *terrible vicio* de que tan irónicamente hablara el narrador, es retomado por Miquis: «estos tales... pasarán por toda clase de ignominias antes que decapitarse renunciando al lujo y a la vida de rumbo y disipación» (II, 1: 1083). Más aún: cuando el narrador especifique las ignominias por las que es capaz de pasar *este tal*, recurrirá a la escena en un afán de separar su opinión del personaje, de darle independencia ¹⁴.

¹² Que recuerda el Tratado III de *El Lazarillo*, el cual reencontramos en *El doctor Centeno*. Sin embargo, en la relación existente entre Isidora y Joaquín la característica de rufián no se escapa al lector.

¹³ CARMEN BRAVO VILLASANTE: art. cit., pág. 482, señala esta degradación «peldaño por peldaño» en Isidora. Sin embargo, creo que afecta también a Pez, como parece evidente en los capítulos II, 6 y II, 12, ya que su salvación procede del bolsillo de Botín y Bou, respectivamente, y tal salvación conlleva la prostitución de Isidora, prostitución que Joaquín, a pesar de los remilgos del capítulo II, 12, consiente y de la que se aprovecha. En el desarrollo novelesco, el final de Isidora afecta directamente a Joaquín.

¹⁴ Gonzalo Sobejano ha señalado que la escena galdosiana pretende «producir la impresión de que la realidad profunda de los caracteres reside en las palabras que ellos mismos digan... y no en cuanto pueda transmitir de su historia, de sus hechos y dichos, el autor que los ha escogido del contexto imaginario para infundirles existencia propia», en «Razón y suceso de la dramática galdosiana», *AG*, V, 1970, pág. 41. El mismo Galdós indicó el alcance y las posibilidades estéticas de la escena como base del sistema diagonal,